

**INSTITUTO ANDINO DE ARTES POPULARES
DEL CONVENIO "ANDRES BELLO"**

IADAP



memoria

**del primer congreso
andino de artistas populares**

1981 AÑO DEL BICENTENARIO DE DON ANDRES BELLO

**PUBLICACION FINANCIADA POR EL BANCO CENTRAL
DEL ECUADOR**



Ediciones

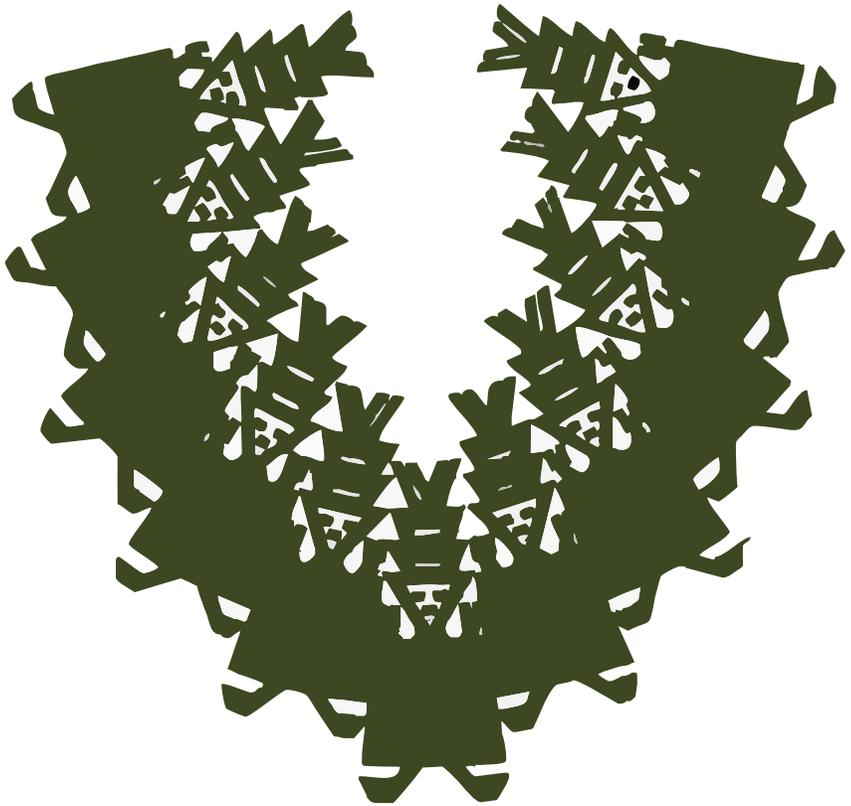


IADAP 1981, AÑO DEL BICENTENARIO DE DON ANDRES BELLO

MEMORIA DEL PRIMER CONGRESO ANDINO DE ARTISTAS POPULARES

S U M A R I O

	Páginas.
Presentación.	7
Antecedentes.	9
Acto Inaugural.- Intervenciones:	
Ledo. Eugenio Cabrera, SECAB;	11
- Dr. Galo Atiaga, Prefecto Provincial de Cotopaxi;	14
Sr. Subsecretario de Educación.	16
I Sesión Plenaria	18
Los temas de discusión.	19
Tema I: La identidad cultural Andina.- Expositores:	
Dr. Juan Cueva Jaramillo, FODERUMA;	23
Ledo. H. Hernán Hidalgo, IADAP;	39
TEMA 11: Los mecanismos para el desarrollo de la identidad cultural andina.- Expositores:	
- Dr. Gerardo Martínez, CIDAP;	47
- Ing. Aurelio Morales, CENAPIA;	58
- Leda. Guadalupe Tobar Bonilla, IADAP.	66
Tema III: La organización andina de los artistas populares. Expositores . . .	
Dr. Francisco Garcés, Convenio "Simón Rodríguez";	81
- Dr. Víctor H. Rodríguez, IADAP.	84
Las Resoluciones del Congreso.	91
Relación de participantes.	99



TEMA 2

MEDIDAS PARA PRESERVAR LA IDENTIDAD CULTURAL

Expositor: Dr. Gerardo Martínez Espinoza

**Director Ejecutivo del Centro Interamericano
de Artesanías y Artes Populares.**

El Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares ha aceptado con la mayor complacencia la invitación del Instituto Andino de Artes Populares para contribuir con una exposición relacionada con las medidas para preservar la identidad cultural de nuestros pueblos.

El CIDAP difiere en ciertos aspectos de los términos de la convocatoria sobre todo cuando se habla de mecanismos para el desarrollo de la identidad cultural andina o cuando se habla de la depuración de la cultura popular. En términos generales, la exposición que se presenta hoy manifiesta los puntos de vista del CIDAP sobre estos temas que, por otra parte, pueden ser objeto de análisis y discusión.

Lo fundamental es el encuentro, es la preocupación, es la ocupación misma de diversos organismos ya nacionales, ya subregionales como el IADAP, ya interamericanos como el CIDAP que demuestran el valor que tiene la cultura popular tradicional como demostrativa del ser y del quehacer del pueblo y

que tiende, además, a preservar esta cultura popular como parte de la identidad nacional sin olvido, por cierto, de la implicación social y económica que afecta a quienes forman el conjunto de artífices que mantienen viva la tradición cultural popular.

Al agradecer la invitación del IADAP, me es grato expresar un cordial saludo a todos los asistentes a este Simposio. El Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares está dispuesto a cooperar en las actividades que tienen relación con la cultura popular, y concretamente, con el arte popular y las artesanías.

1. Identidad e inautenticidad cultural.

El término *cultura* ha experimentado profundas variaciones en sus significado a partir del desarrollo de la Antropología. El concepto tradicional hace referencia a un sistema de conocimientos, creaciones y valores cultivados y mantenidos por una minoría, y la gente es culta o inculta en la medida en que participe de él. Clyde Klukhohn define cultura en términos antropológicos de esta manera: "Formas de vida, históricamente creadas, implícitas y explícitas, racionales o no racionales del conocimiento humano". De acuerdo con este concepto, todo pueblo posee su cultura, lo que elimina la tradicional dicotomía entre pueblos cultos o incultos; los antropólogos, al superar los prejuicios etnocéntricos que les llevaban a juzgar a otros pueblos de acuerdo con el sistema de valores y creencias de quien emitía el juicio y, en consecuencia, a menospreciar aquellos rasgos que no coincidían con los suyos, contribuyeron a valorar a todos los pueblos comprendiendo sus manifestaciones culturales dentro de su propio contexto, como respuesta a las necesidades materiales y espirituales de la comunidad y de la persona.

El desarrollo tecnológico y el dominio del aparato bélico de unas naciones dio lugar al proceso de dominación de los poderosos sobre los débiles con el consiguiente contacto masivo de culturas y la tendencia de las dominantes a destruir a las dominadas, o, en el mejor de los casos, a tolerar su supervivencia como algo que constituía una especie de reliquia perversa del pasado, que iría desapareciendo a medida que avanzase la civilización. Más, las cultu-

ras dominadas han logrado sobrevivir demostrando su enorme vitalidad y fortaleza pese a lo adverso de las condiciones.

Los pueblos que sufrieron períodos largos de dominación se han desarrollado en situaciones contradictorias: mientras las masas populares y las comunidades ubicadas en diferentes regiones organizaban sus vidas de acuerdo con los rasgos, valores y creencias desarrollados por ellos y por sus antepasados en el decurso de muchas generaciones, las minorías detentadoras del poder lo hacían a base de modelos foráneos, imitando, a veces torpe y ridículamente, los sistemas de los países denominados "civilizados", y trataban de imponer sus modelos a toda la sociedad a través de la manipulación de los aparatos del poder político; así, mientras en los sectores populares, sobre todo en los rurales, persistían, a veces heroicamente, los elementos fundamentales de la identidad cultural mediante la vigencia de las formas de vida desarrolladas por ellos las élites vivían una clara inautenticidad cultural hecha de modelos prestados.

2. Cultura popular y cultura oficial.

Esta contradicción llevó inicialmente a dividir a la sociedad en dos grupos: gente culta y gente inculta, siendo los detentadores de la cultura oficial los que merecían el apelativo inicial; tan alienada era la actitud de los sectores dominantes que ni siquiera reconocían a los pueblos la posibilidad de tener "su" cultura aunque según sus parámetros de valoración, fuera inferior, sino que la negaban haciendo de sus prácticas y manifestaciones sinónimos de ignorancia, superstición, anticultura, mientras las normas, creencias y valores imitados e importados, constituían sinónimo de "cultura".

La revalorización de las manifestaciones vernaculares, vigentes pese al discrimen y la actitud destructiva de los detentadores del poder, desembocó en el reconocimiento de la "Cultura Popular", como contrapuesta a la cultura oficial; determinar cuales y en que medida los rasgos merecen el apelativo de popular, es tarea muy difícil y sujeta a apreciaciones subjetivas por lo que, pese a la proliferación de organizaciones, asambleas, centros de estudio y

convenciones, no ha sido posible lograr un consenso sobre el alcance y los límites del concepto "Cultura Popular". La convivencia de grupos aferrados a su identidad con otros que reniegan de ella, ha dado lugar al desarrollo en nuestras naciones, según afirma el profesor Zapata Olivella, de tres estamentos:

- a) El académico-científico de la cultura clásica caracterizado por la influencia aculturizadora de la colonización europea en la cual se encuentran imbuidos valores de la cultura criolla.
- b) El empírico de la cultura tradicional (analfabetos y semiletrados), nutrido principalmente de las experiencias vivenciales de raíz indígena, mezcladas o no con otros valores empíricos europeos y africanos.
- c) El semitécnico de la cultura popular, que se ha desarrollado históricamente a partir del constante sincretismo de los anteriores (a y b) y cuya tendencia es incorporar nuevos valores tecnológicos.

Si la identidad cultural dignifica la fidelidad a las raíces de nuestros pueblos, ella tiene que fundamentarse en la cultura popular y nutrirse de ella, por lo que cualquier política que pretenda su afianzamiento tiene que partir de ideas claras y flexibles de cultura popular; sin ánimo de polemizar nos permitimos transcribir dos definiciones elaboradas por personas de indiscutible calidad científica y que han consagrado sus fecundas vidas a la investigación y promoción de la Cultura Popular Tradicional.

El Dr. Daniel F. Rubín de la Borbolla, estructurador y guía del Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares nos dice: "Cultura Popular Tradicional genuina es el conjunto de conocimientos útiles que satisfacen las necesidades materiales, espirituales e institucionales de la comunidad a través del tiempo y del espacio. La Cultura Popular Tradicional funciona paralela y sincronizadamente con la cultura nacional y universal. Mientras que estas se transmiten a través de sus propios mecanismos: la educación formal, la radio, la televisión, la literatura impresa; la Cultura Popular Tradicional lo hace en forma oral, y también directa, desde la vida familiar, hasta el funcionamiento de las instituciones formales del grupo, como la religión,

la política, la economía, etc."

La doctora Isabel Aretz, artífice y conductora del INIDEF dice: "Llamamos Cultura Oral Tradicional a la cultura que los pueblos reciben como un legado de tiempos pretéritos y que van adaptando y creando para que sea siempre funcional. Incluimos aquí la cultura prehispánica que convive con otras formas más modernas de cultura popular y con el mundo letrado, pero que se caracteriza por su transmisión oral y por la práctica consuetudinaria. La Cultura Popular Tradicional, en grado mayor, en tanto se refiere a nosotros, es cultura que se introduce por medios comerciales y que los pueblos aceptan y tradicionalizan, sin que llegue a ser folklórica todavía en el presente (como las reinas de los barrios, los pinos navideños y el cumpleaños feliz con su consabida torta y velitas). Cultura popular es simplemente la no académica, la de los medios de difusión -con grandes excepciones- la de la moda que el pueblo practica y que tiene nexos con el folklore".

La cita de estos puntos de vista, producto de vidas enteras y mentalidades brillantes comprometidas integralmente con la Cultura Popular, nos muestra que, cuando nos llegamos a ella en plan teórico o práctico, nos encontramos con una problemática sumamente compleja y rica, y que los retos que nos plantea debemos enfrentarlos con mucha seriedad ya que los slogans baratos y las descargas demagógicas en nada contribuirán a su esclarecimiento y su vigencia.

3. El Dilema del Desarrollo.

El crecimiento económico de los pueblos, en incremento de su productividad mediante la aplicación de técnicas modernas, el acceso de todos los ciudadanos en forma igualitaria a los bienes de la civilización, en un imperativo de todos los países, de manera especial de aquellos que a causa de la obsolescencia de sus estructuras sociales, científicas y tecnológicas, cuentan con un elevado porcentaje de población que viven en condiciones sanitarias, educacionales y económicas infrahumanas.

Si identificamos desarrollo con innovación y modernización, y cultura popu-

lar con tradición, tendríamos que, a primera vista, estamos frente a dos conceptos excluyentes. Si emprendemos en una seria política de desarrollo, podría creerse necesario eliminar todo un conjunto de usos, costumbres y sistemas de producción anticuados e incompatibles con las estructuras modernas prefiguradas por el avance industrial; es decir, el desarrollo sólo se lograría a base del sacrificio de la cultura popular y, por ende, de la identidad cultural.

A la inversa, la preservación y mantenimiento de la cultura popular y la identidad cultural, según este criterio excluyente, traería como consecuencia el estancamiento del proceso económico y la pervivencia de formas de vida miserables e inhumanas en amplios sectores de la población.

Más, si profundizamos en la interpretación de los conceptos contrapuestos, encontraremos que no hay tal incompatibilidad irredimible; que si liberamos a la idea de desarrollo de su contexto groseramente materialista, si es que entendemos este proceso como un conjunto de políticas destinadas al crecimiento integral de la persona humana, desaparece o se minimiza la contradicción.

La idea de desarrollo ha sufrido, como todo lo humano, una metamorfosis. Podríamos hablar de una etapa del "desarrollo espontáneo" en la que el progreso impulsado por leyes históricas ajenas al control de la voluntad humana se impondría necesariamente en todos los pueblos, barriendo y aniquilando a todas las manifestaciones culturales del pasado, anquilosando definitivamente las formas de vida en etapas superadas.

Se entiende luego el desarrollo como un proceso dirigido por los países que han alcanzado un elevado grado de tecnología y destinado a arrancar -con segundas intenciones generalmente- de su retraso e infelicidad a los países subdesarrollados; en este caso, la meta ideal sería hacer de las naciones pobres, réplicas en pequeño o en grande, según la situación, de Estados Unidos o la Unión Soviética, de Francia o de Alemania. De esta manera no habría tampoco lugar para la Cultura Popular; el precio del desarrollo sería la renuncia a la identidad cultural y la edificación sobre los cimientos de sus ruinas, de una sociedad vertebrada en una inautenticidad cultural.

Una tercera posición, recomendada vehementemente por la XXI Conferencia Mundial de la UNESCO reunida en Belgrado este año, es la del desarrollo endógeno que implicaría un proceso de progeso y mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes de los países pobres o emprobecidos partiendo de una adecuación racional de sus actitudes, creencias, valores y realizaciones auténticas a los sistemas tecnológicos contemporáneos; los pueblos no necesitarían en este contexto que otros los desarrollen, sino que han de desarrollarse a sí mismos manteniendo fidelidad a sus profundas fuentes culturales. Si es que hacemos del ser humano la meta del desarrollo, mal podemos emprender en este proceso mutilando el factor estructurador y definidor de su YO, es decir, su cultura. El cambio inherente al desarrollo no se realizaría a base de amputaciones y adaptaciones de aparatos ortopédicos extraños, sino de un crecimiento equilibrado que mantenga la esencia fundamental de los pueblos. La cultura popular dejaría de ser lastre y obstáculo para transformarse en fuerza creativa.

Dentro del presupuesto del desarrollo endógeno, creemos que es deseable y urgente usar todas las energías y poner en juego todos los mecanismos para conservar, afianzar y robustecer aquellos rasgos culturales que configuran nuestra identidad como pueblo para poner coto a las corrientes destructoras fundamentadas en antihumanas y anticuadas concepciones del desarrollo. Sin ánimo de establecer prioridades, ya que toda medida es igualmente urgente, enumeremos con brevedad aquellos mecanismos que harían realidad nuestros propósitos.

a) Educación formal

El sistema educativo que arranca de la escuela ha actuado en nuestro medio -salvo escasísimas excepciones- como un elemento desculturizador. Diseñado para imponer la cultura oficial extrajerizante, ha desvalorizado sistemáticamente las manifestaciones culturales populares; de allí que haya tenido tan poco éxito en los sectores rurales y en las comunidades que viven dentro de sus auténticas culturas, pero ha hecho mella en los sectores medios urbanos que han aprendido a renegar de su autenticidad cultural, a dar las espaldas a sus fuentes nutricias y a intentar organizar sus exis-

tencias en función de lo foráneo cosechando insatisfacción y frustración.

Se ha dicho -y es doloroso repetirlo- que el maestro es el enemigo número uno de la cultura popular; evidentemente, de ello no tiene la culpa el profesor que con sacrificio cumple sus funciones sino quienes lo formaron dentro de esta errada concepción y el sistema anquilosado y rutinario que la ampara y extiende.

Cualquier reforma educativa tiene que contar con el respeto a la identidad cultural y a sus manifestaciones; si es que hablamos de un humanismo técnico, este tiene que fundamentarse en las tecnologías tradicionales, en los diseños salidos de nuestra alma popular y en la canalización de las potencias creativas de niños y adultos, inspiradas en lo que nuestros antepasados conformaron morosa y cálidamente.

Es indispensable por medio de la educación formal sensibilizar al estudiante para que pueda apreciar las bondades de nuestras manifestaciones culturales auténticas.

Dos reuniones técnicas sobre educación y cultura popular a nivel continental ha realizado el CIDAP y la OEA en Cuenca en este año, y en estos mismos días se está desarrollando un primer taller en la misma ciudad que ha reunido a veintiún maestros de siete países americanos para darles una formación adecuada que los convierta en factor multiplicador de educadores comprometidos seriamente con la identidad cultural.

b) Educación no formal

En un mundo que cambia a ritmo acelerado, toda persona tiene que actualizar permanentemente sus conocimientos; la gran mayoría lo hace a través de los medios de comunicación colectiva, materiales de lectura, cine, etc.... También en este caso hay una proyección preponderante de estos mecanismos de cultura hacia lo extraño; sería exagerado hablar de agresión a la cultura popular tradicional, pero sí es evidente una ignorancia y prescindencia sistemática de ella. Por cada programa concebido dentro de nuestros valores

culturales, tenemos que soportar centenares de gangsters, balaceras o romances cursis. Los medios de comunicación colectiva deben convertirse entonces en mecanismos difusores y exaltadores de nuestra identidad.

c) Investigación

Hemos dicho antes que la problemática de la Cultura Popular y de la identidad cultural es seria, demasiado seria como para dejarla en manos de aficionados de buena voluntad. Cualquier política que tenga como meta el desarrollo de la identidad cultural debe fundamentarse en un profundo conocimiento de ella, de sus implicaciones en el proceso global de la sociedad, de sus relaciones con la cultura oficial. La manera de conseguir este conocimiento profundo es la investigación seria y objetiva de sus manifestaciones, investigación que nos lleve a desvelar el ser real de la cultura popular y no configurar el ser que quisiéramos que sea para satisfacer nuestras segundas intenciones políticas. Es indispensable, por lo tanto, que quien emprenda en esta tarea se encuentre libre de prejuicios e ideas preconcebidas. La captación de las culturas primitivas a través de la lente de los principios religiosos de los europeos que llegaron a este continente, nos proporcionó una imagen deformada y mutilada de ellas; hoy, las limitaciones de las mentes presas de ideologías ajenas a nuestro desarrollo cultural, amenazan con resultados similares.

d) Capacitación Técnica y Diseño

El artista popular, sobre todo el artesano artífice, tiene que hacer frente a nuevas tecnologías, al uso de fuentes de energía como la eléctrica que resultan extrañas a su quehacer tradicional; no tiene sentido privarles de estas innovaciones nacidas de la ciencia y mantener prácticas de producción que implican un gasto innecesario de energía y tiempo; tiene y debe el artista popular que beneficiarse de estas innovaciones; mas, ello no quiere decir que deba también reemplazarse o deformarse su capacidad y expresión creativa. La asistencia técnica al artesano es indispensable, pero debe dársele en forma

tal que no afecte a sus manifestaciones estéticas. Hemos sido testigos de los efectos que la acción de ciertos grupos extranjeros, bien intencionada pero precipitada y carente de contenido antropológico, ha tenido en la tergiversación de las expresiones auténticas populares al introducir junto con innovaciones técnicas, modelos ajenos a las culturas.

El papel que el diseño debe jugar en este tipo de acción es fundamental y delicado; el buen o mal uso que se haga de este instrumento de creatividad tendrá mucho que ver con el fortalecimiento o falsificación de la identidad cultural. La asesoría en diseño tiene que estar a cargo de equipos de personas que conozcan a fondo esta disciplina y, al mismo tiempo, comprendan con lucidez las dimensiones antropológicas de los grupos a los que se dirige.

Los seminarios nacionales de diseño realizados el primero en Quito en 1979 bajo la responsabilidad de la Facultad de Artes de la Universidad Central del Ecuador y el segundo, en Cuenca, bajo la responsabilidad del CIDAP realizaron profundas y constructivas reflexiones sobre esta problemática y llegaron a interesantes conclusiones que deberían ponerse en práctica cuanto antes.

e) Mejoramiento de la economía del artista popular

La producción artesanal se torna cada día menos atractiva desde el punto de vista económico; otros tipos de ocupación generan mejores remuneraciones y las nuevas generaciones se sienten poco atraídas a continuar con la ocupación creativa de sus padres. Mientras el artesano consume sus años en medio de grandes limitaciones económicas, los intermediarios acumulan respetables fortunas. Para bien o para mal en el mundo moderno la producción y la comercialización se desenvuelven siguiendo pautas científicas de la economía y la administración, conocimientos de los que generalmente carece el artesano y que, por otra parte, habiendo surgido de la producción industrial, no se adapta a la artesanal. Es urgente diseñar sistemas contables y de mercadeo para que pueda el artesano organizar la producción y comercialización de sus creaciones en forma tal que pueda liberarse de la explotación descarada de los intermediarios.

f) Protección legal

Si el Estado se encuentra interesado en robustecer la identidad cultural, debe configurarse un sistema legal que proteja y elimine la situación de desventaja de sus principales mantenedores, los artistas populares. El Estado ha sido generoso hasta la prodigalidad aún con supuestos industriales, pero prácticamente nada ha hecho por los artesanos. En el Ecuador, la ley que protege a la pequeña industria y a la artesanía solamente ha beneficiado a grandes y pequeños industriales, y en mínima medida al artesano. Los sistemas de producción de la industria grande o pequeña y de la artesanía acusan diferencias fundamentales por lo que no tiene sentido que se encuentren regulados por una misma ley que, como ocurre siempre, beneficia solamente a la parte fuerte. Se hace indispensable un cuerpo legal que trate de resolver la problemática del artesano sin inmiscuirlo en otros grupos.

g) Museos y exhibiciones

La vigencia de la identidad cultural se logrará no solamente fortaleciendo a los artistas populares sino también educando y sensibilizando al público; el impacto que las exhibiciones de artes populares tienen en el público de nuestros países nos demuestra que han substituido como piezas exóticas los productos de nuestros artistas populares artesanos; más, por otra parte, podemos observar que en el sector urbano hay mucho interés por ellas. Museos y exhibiciones adecuadamente organizados, además de dignificar la cultura popular, contribuyen decisivamente a la apreciación de la misma por parte del gran público, condición fundamental para su vigencia.

Las limitaciones de tiempo no nos permiten abundar en mecanismos y acciones que deberían emprenderse para rescatar, mantener y robustecer la cultura popular, y mediante ello, reforzar la identidad cultural. Creemos que en todos los programas debe haber una activa y real participación del artesano artífice ya que sin su presencia y acción se correría el riesgo del fracaso y la desvirtuación.

Las organizaciones cuya finalidad es la permanencia del arte popular en sus

múltiples manifestaciones deberían estar en permanente diálogo para llevar adelante programas conjuntos o evitar la duplicación innecesaria de esfuerzos. Recelos y competencias entre ellas no tienen sentido frente a una situación en la que las necesidades superan abrumadoramente a las disponibilidades y medios.